



LA VIDA DE LAS COSAS PEQUEÑAS

UNA HISTORIA DE LA FORTE

Ilustrada por Supermundano



la forte

LA VIDA DE LAS COSAS PEQUEÑAS

UNA HISTORIA DE LA FORTE

Ilustrada por Supermundano

The logo for Lunberg Editores features a stylized, flowing graphic above the text. The text "LUNBERG" is in a bold, uppercase, sans-serif font, and "EDITORES" is in a smaller, uppercase, sans-serif font below it.

LUNBERG
EDITORES

© Alma Andreu Robles, 2016
www.soylaforte.com

© de las ilustraciones, Carmina Serra Genovés, 2016
www.supermundano.com

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Josefa Valcárcel, 42 - 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.facebook.com/lunwerg
<http://twitter.com/Lunwergfoto>

Creación y realización: Lunwerg, 2016

Primera edición: octubre de 2016
ISBN: 978-84-16489-83-1
Depósito legal: B-13926-2016
Imprime: Grafo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

La almohadita de Mafalda /8

Anarka por naturaleza /16

Mi abuelo tiene un váter público /28

Un largo y agotador día con López /44

El show de Almi /46

Soy una vedete /60

El conejito azul /70

De niña a vedete /88

López mataría dragones por mi madre /90

Artistas, periodistas y viceversa /104

Pasión de gavilanes /120

Por qué mi madre se merece una estrella Michelin /136

Un susto de muerte /138

Al borde del Prozac. La almología /154

Cuentista rural /172

Agradecimientos /187

EN LA
BASURA VA
A ACABAR...



LA ALMOHADITA DE MAFALDA



STARRING:



ALMI
YSU
ALMOHADA

CON LA COLABORACIÓN DE...



PAPÁ

MAMÁ

ANA

Mis padres eran unos hippies de pelo largo cuando yo nací. Tenían veintiún años, eran dos jovencitos flacos y desgredados que llevaban ponchos para estar por casa y jerséis de lana que tejían ellos mismos. Vivían con una gatita negra diminuta que se llamaba *Mimi* y soportaban largos y calurosos veranos en aquel cuarto piso sin ascensor en el que vivían su amor. Estaban como locos por ser padres y querían tener pronto una niña que se llamara Mafalda y odiara la sopa. No sé qué les parecería lo que pasó nueve meses después, pero lo que pasó fui yo. O sea, un poco menos glamuroso que las tiras de Quino, pero tampoco estoy mal.



Todo empezó (al menos para mí) el 27 de noviembre de 1983, cuando mi madre se puso de parto y yo llegué al mundo como el bebé con la cabeza más llena de pelo que ha habido sobre la faz de la Tierra. Mi madre siempre dice que «se te podían hacer trenzas nada más nacer». A veces me imagino cómo habría sido si, recién llegada a este show, va y me visten de rastafari con el pelo de Bob Marley y una boina tricolor.

El caso es que nací hacia el mediodía, con la musiquilla del «Telediario», después de darle a mi madre muchas patadas y mucho ardor de estómago. La noche del 26 al 27 de noviembre mi madre se leyó enterito *El hijo de Astérix*, y no son pocas las veces que me recuerda las ocho horas que estuvo dilatando hasta que a mí se me antojó salir de su barriga y saludar al mundo. *Seh*, me hice un poco de rogar, como las grandes vedetes de la revista española, que esperan a que toda la platea esté expectante por su aparición en el escenario para entonces bajar la escalera de luces de neón ataviadas con una boa de plumas.

Sin boa ni tacones, muy pequeña nací y muy pequeña me quedé. Por aquel entonces, la moda era que los bebés durmieran boca abajo (ahora creo que esto ha cambiado y toca que los bebés duerman de lado;



en fin, que duerman como quieran, digo yo). La cuestión es que a mí me ponían a dormir boca abajo con el culo en pompa, y mis piernecillas parecían dos ancas de rana. Si no fuera porque las ranas no tienen pelo, yo podría haber pasado por una de ellas. Los pañales me quedaban enormes, era una bolita de pelo muy negro, y yo creo que mis padres se asustaban al asomarse a la cuna porque me perdía entre las sábanas. Así, a los pocos días de nacer, decidieron que había que «rellenar el hueco de la cuna, porque esta niña se nos pierde». Y entonces llegó Ella: la almohadita. (Música celestial.) La almohadita es esa fiel compañera que nunca defrauda, a quien puedo contar mis problemas y que siempre, absolutamente siempre, será el mejor cobijo de amor. La almohadita es curativa, es sobreponerse.

«Es que eras muy pequeña, hija, qué le vamos a hacer. Tú eres grande por dentro. Pero la cuna había que rellenarla, como a un pavo.» Mi madre siempre lo cuenta así. Y, *cuidao*, es verdad que hoy en día sigo siendo bajita y es algo que me importa un pimiento, pero parece ser que cuando era bebé esto era un poco un drama y en la cuna me sobraba sitio por todas partes. Mis padres decidieron entonces que mi compañera de sueños sería una almohadita pequeña y blanda de color blanco. Cuán grande fue el amor que le cogí a dicha almohadita que hoy en día, treinta y dos años después, sigue compartiendo descanso conmigo. Aunque en la actualidad



es de todo menos blanda y blanca... Digamos que la almohadita original ha quedado en un amasijo de algodones grisáceos («llenos de ácaros, niña», dice mi madre), y hace unos años me tocó tomar una seria decisión. «Ana, por favor, haz algo. Mi almohadita se deshace.» Mi amiga Ana es la única persona que conozco en el mundo que sabe coser y solo ella podía arrojar un poco de sosiego ante mi angustia y mi pánico supino. A ver, no os riáis, es que yo tengo pensado vivir hasta los ochenta y cinco años y, evidentemente, tengo programado que hasta entonces Ella siga durmiendo conmigo (la almohadita, digo, no Ana). Así que el buen hacer con la aguja y el dedal de Ana convirtió a mi almohada gris y deshecha en una almohadita digna de exposición con una funda azul turquesa de estrellas y gatitos.

Mi almohada ha viajado en avión, en tren, ha pasado noches en casa de mis amigas, ha estado en Eurodisney, en casa de mi abuelo, y ha dormido con mi —extensa y archiconocida— lista de novios (juas). Lo que más rabia me da es que me digan que está sucia y que la toquen con desdén. La almohadita la toco yo y punto. Ni mi padre se aclaraba cuando de pequeña me hacía la cama:

YO NO SÉ QUÉ
HACER CON ESTO,
ALMA, TÚ VERÁS
DÓNDE LA QUIERES
DEJAR MIENTRAS
ESTÁS EN EL COLEGIO.

"ESTO" ES
LA ALMOHADITA,
PAPÁ, ¡¡TRÁTALA
BIEN!!

La verdad es que hay personas bastante aguafiestas que dicen que dar a un bebé una mantita o un peluche o una almohada crea dependencia. Pamplinas. Yo creo que lo que tienen es envidia de mi almohada. Aunque bien es cierto que un día viví el episodio más angustiante de mi existencia, y un poco dependiente sí que me noté. Dios, casi entro en parada cardiorrespiratoria súbita. Resulta que dejé olvidada mi almohadita en un hotel y me tocó llamar al servicio de limpieza. Me la querían tirar. O sea, ¿qué? Pero ¿tú le tirarías las tablas a Moisés? ¿O la manzana a Newton? ¿O los guisantes a Mendel? ¿O la boa de plumas a Norma Duval? «Es que está tan vieja...» Oiga, señora de la limpieza, usted también está vieja y yo no la quiero tirar a la basura, por el amor de Dios.



Menos mal que aquel capítulo de tragedia y dolor tuvo un final feliz, y la almohadita y yo esa misma noche volvimos a dormir juntas y abrazadas.

Ahora, cada vez que voy por la calle y veo a un bebé acariciando su mantita, le sonrío por dentro y le guiño un ojo. Ojalá que a sus treinta y dos años también conserve su almohadita y ninguna señora de la limpieza vieja y maléfica se la tire al cubo de la basura.

Finalmente, como mi queridísimo público ya sabrá, mis padres no me llamaron Mafalda. Ni mucho menos odio la sopa. Resulta que, unos días antes de que yo naciera, viendo el «Un, dos, tres», mis padres descubrieron el nombre de Alma. Y con Alma me quedé.

Ahora dice todo el mundo que no podrían haber elegido un nombre más apropiado para mí que este. «Alma es lo que queda de una persona cuando le quitas todo lo que le sobra.» Me lo decía mucho mi padre y ahora que soy mayor he entendido el significado. Alma es guay, porque no hay muchas. Aunque ahora se ha puesto un poco de moda porque Alejandro Sanz le ha puesto Alma a su hija, y mi madre dice que «todas las *fanses* les van a poner ese nombre a sus bebés».

Bueno, digamos que fui una «casi Mafalda» tan pequeña que tuvieron que completarla con una almohadita.